EL MAGISTERIO DE FRANCISCO

A la hora de recordar el magisterio del papa Francisco, hay que subrayar los tres valores

que, según él, nos acercan al mensaje evangélico y nos ayudan a imaginarlo en un mundo

marcado por la prisa y la frivolidad, que él solía denunciar.

1. El primero de esos valores es sin duda la misericordia, “el rostro de Dios”, que no

puede ser ignorado en una sociedad caracterizada por la indiferencia.

La misericordia de Dios fue el lema del año santo extraordinario que convocó. La fe en

la misericordia de Dios lo llevaba a comprender que “no todos pueden darlo todo”, y a afirmar

que la Iglesia está abierta a todos, especialmente los pobres, y que todos estamos llamados a

la “santidad de la puerta de al lado”.

2. Un segundo valor ha sido el de la sinodalidad. Esa apertura a todos había de ser

entendida también al imaginar la vida de la Iglesia. El papa Francisco entendía que en la

Iglesia hay que estar dispuestos a escuchar todas las voces.

El diálogo procuró llevarlo a los más olvidados y descartados de la sociedad. Su viaje a

la isla de Lampedusa fue un gesto profético inolvidable frente al drama de la inmigración.

El diálogo lo llevó a participar en la Conferencia Mundial sobre la Fraternidad Humana,

donde se reunió con el Gran Imán de al-Azhar, Ahmed el-Tayeb.

Pero el diálogo y el compromiso de la sinodalidad había de convertirse en un tema para

los sínodos y en una misión impostergable para toda la Iglesia católica.

3. El tercer valor ha sido el de la esperanza, propuesta como lema para los peregrinos

del jubileo del año 2025. Aferrados al ancla de la cruz de Jesucristo, han de caminar con

firmeza en medio de las tormentas.

“La esperanza no defrauda” ha repetido el papa Francisco, recordando a San Pablo. Él

ha pedido que los “signos de los tiempos” se conviertan en signos de esperanza para la

defensa de la vida, para la atención a los niños, a los jóvenes y ancianos, a todos los

descartados y especialmente a los presos, a los que tantas veces visitó.

La esperanza ha de impulsarnos a respetar la naturaleza, nuestra “casa común”, a

sentirnos y aceptarnos todos como hermanos. Así lo ha recordado en las dos encíclicas que

llevan por título palabras de san Francisco. La esperanza ha de llevarnos a construir los

puentes de la paz y la concordia.

No debemos olvidar el mensaje que nos dirigió en su primera exhortación: “No es lo

mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con él que caminar

a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder

contemplarlo, adorarlo, descansar en él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de

construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón”.

José-Román Flecha Andrés